

Noticias de náufragos y desaparecidos de Plencia en Ultramar

JOSÉ MARÍA DE HORMAZA

Hace mucho tiempo que los navegantes de Plencia dejaron de recorrer los caminos de la mar. Como también hace mucho que la mar, esa mar a la que asoma la villa, no encierra ningún sobrecogedor misterio. Por lo que cuando recordamos a los viejos navegantes, si acaso los recordamos, una densa niebla se agolpa en la memoria.

En toda vida hay un lado oscuro que adquiere unos caracteres más dramáticos si cabe en la del marino, al tener que enfrentarse con el lado despiadado de la mar. Entretanto los familiares dejados atrás vivirían abrumados por la incertidumbre del desenlace de aquellos largos y penosos viajes, cuando no entristecidos por la pérdida de sus seres queridos. Tristes noticias, pues, de náufragos y desaparecidos, que correrían de boca en boca en los pueblos de la costa, enriqueciendo el acervo de relatos e historias de naufragios al paso del tiempo. Pero ahora vivimos en el tiempo de la desmemoria.

Vamos a trazar la derrota de su recuerdo con la ayuda de unos memoriales elevados a la Cofradía de Mareantes de San Pedro de Plencia por algunos navegantes y sus familiares, que se conservan en el Archivo Histórico Municipal de Plentzia. Memoriales que patentizan el dolor y la penuria económica que aquellas tragedias acarreaban. Como el de aquella mujer, "que en la circunstancia en que hoy me hallo con una hija de tierna edad haciendome caridad varias personas"; o el de aquel navegante que señalaba, "es costumbre de que no pague el indicado derecho de San Pedro del año en que naufrague alguno de sus hermanos".

Demos, pues, un salto en el tiempo y situémonos en el mes de octubre de 1844, cuando el capitán don Valentín de Cortina zarpaba de la Ría de Bilbao rumbo a La Habana. Entre la tripulación, un paisano suyo, Mariano de Sarrio-

na ndia. El viaje se fue rindiendo sin especiales incidencias, hasta que navegando a la vista de La Habana se levantó un fuerte temporal, tan furioso, que naufragaron. Los sobrevivientes se desperdigaron por los muelles en busca de embarque para emprender el tornaviaje. Logrando Sarrionandia embarcarse con un capitán paisano suyo. Días después, y en la mar, "fue (hecho) prisionero del Inglés y conducido a uno de los establecimientos destinados al intento". Prosigue diciendo doña Claudina de Artaza, esposa de Sarrionandia, que "para el colmo de su desgracia cuando el referido Capitán Ramón Madariaga y algunos otros hallaron oportunidad de embarcarse para puerto español no pudo hacerlo Sarrionandia con motivo de su enfermedad, que le sobrevino en aquel mortífero país..." Mas no terminaron ahí las desgracias de Sarrionandia, pues un año después, su esposa seguía sin noticias.

Ese mismo año de 1844 embarcó don José Nicolás de Gambe y Landaida en el bergantín *Joven Enrique* al mando de don Alejandro de Cortina, vecino de Algorta, para rendir viaje en La Habana. Pero el cinco de octubre naufragaron "por motivo del Equinocio en los Muelles de la Habana", coincidiendo con la estación de lluvias en que se producen turbonadas y huracanes. Ante tamaño contratiempo se dispuso a emprender el tornaviaje a Santander, embarcando como pasajero en *La Teresita* al mando del capitán algerteño don Ramón de Mugica y Manene. Gambe llegó a ser capitán, desempeñando un importante papel durante la II Guerra Carlista al romper el bloqueo del puerto de Bilbao, concediendosele la Cruz del Mérito Naval. Pero en uno de aquellos viajes en que se ocupaba en el transporte de bastimentos desde Bayona naufragó al chocar contra el islote de Aketxe. Siendo arrojado su cadáver por las corrientes a la playa de Anglet en donde recibió sepultura.

Relataba doña Serafina de Garategui, esposa de don Juan Esteban de Andraca, piloto del bergantín *Ebro*, cuyo capitán era don Antonio Plazencia, que naufragaron en la Bahía de La Habana el día 11 de octubre de 1846, no habiendo "podido salvar mas que la ropa"; a causa del ciclón "...de triste recordación, que en 11 de octubre de 1846 pasó sobre la ciudad de la Habana, derribó 1872 casas, dejando además deterioradas otras 5.000; ocasionó 114 muertes, considerable número de heridos, y produjo siniestros importantes, con pérdida completa de muchos de ellos, en 19 buques de guerra, 105 mercantes y 111 naves de cabotaje; total en 235 barcos", —según indica don Ramón Bullón Fernández en su folleto "Ciclones huracanados" (año 1927).

Celestino de Olaguibel tenía dieciséis años cuando en 1846 embarcó en la fragata *Sirena* de mozo de cámara. Su capitán era el vecino de Algorta don Juan Bautista de Larragoiti. En ese viaje "se perdió la dicha fragata en los

muelles de la Habana por motivo del Equinocio...”, al igual que el bergantín *Ebro*. Por lo que se vio obligado a embarcar “de pasajero en el Bergantin la Sirena sin que haya podido ganar ningún sueldo...”. En hechos como éste estaba el origen de los cuadros votivos que se colgaban en las ermitas, como la de Nuestra Señora de Aguirre (Gorliz), que se encargaban a pintores especializados localizados en los puertos, a los que se hacía una pormenorizada relación de los hechos acontecidos.

Peor suerte corrió Juan Izaurieta, grumete de la corbeta *Catalina Fomento*, que cayó al agua y pereció ahogado en La Habana el año 1854. En tales circunstancias indicaba Alonso de Chaves en su *Espejo de navegantes* (h. 1520) que, “...El remedio de presto que el primero (que) lo viere dé grandes voces diciendo: hombre a la mar, y luego deben arrojar alguna tabla grande o algún lecho de corcho si lo hubiere o algún barril o bota tapándole la boca para en que se asga y tenga entre tanto, y luego deben echar un cabo por popa y largarlo para que eche mano de él y amainar la vela porque pare la nao”. Pero, volviendo a Izaurieta, los auxilios que se le presentaron resultaron insuficientes. Así, una vez hechos los trámites legales por el capitán de la *Catalina Fomento*, éste hizo llegar a la familia “...el equipage compuesto de muy pocas piezas de ropa...”

No eran pocos los peligros que acechaban en aquellos largos viajes a Ultramar, —como vengo señalando. Y no pocos fueron los muertos y desaparecidos. Así, doña Feliciano de Uriarte manifestaba de su hijo don Juan Bautista de Zabala, que “hallandose ausente en viaje a América del Sur sin que tenga noticias de su paradero”, dos años después de su partida en 1845.

De angustiosas esperas también sabría doña Josefa de Ageo, casada con don Juan Bautista Sarrionandia. Y, fue en el mes de noviembre de 1847, cuando comunicó a la Cofradía de Mareantes de San Pedro que, “hagora cuatro años poco mas o menos en que se me despidio mi esposo al viaje desde Santander para la America”. Pues haría cosa de un año “tuve carta de Amberes que venian para Norte America”. Desde entonces “no se sabe por ninguna parte si vive”. Ya que “segun noticia el americano los hizo prisioneros a todos menos al capitán que escapo al monte”.

Ese mismo año de 1847, también el dolor y la angustia abrumaban a doña Josefa Ramona de Anasagasti. Ya que su marido, don Juan Antonio de Urrutia, “hace unos tres años, se ausento al ejercicio de su navegacion a un viaje a Lima, y desde cuio tiempo no tiene noticia de su paradero...”.

El día 19 de diciembre de 1852 navegaba el bergantín *Genoveva* de

Puerto Rico a la Guaira, cuando a eso de las doce de la noche su piloto don Ramón de Cortabitarte fue “impulsado por la botavara del palo mayor al tiempo de efectuar la maniobra de virar en vuelta de tierra”, causándole la muerte, según consignaba su capitán en el cuaderno de bitácora. Dicho capitán llamado Juan Bautista de Villabaso hizo una relación pormenorizada del “equipage y demas de la circunstancia del difunto Piloto”, que cuatro meses después entregaba personalmente a la familia de Cortabitarte en Plencia.

Se supo por medio de un oficio del Juzgado de Marina de Bilbao del año 1853, que el bergantín *Veloz Guipuzcoano*, “que hará cuatro o cinco años salió para Vigo desde Puerto-Rico (...), sin que desde entonces haya noticia de él, que las vagas y generales de haberse perdido, naufragando el buque con toda la tripulación...” Siendo su capitán don José Antonio Masustegui, “que hace muchos años marchó a Santander, donde casó con una joven de aquella Ciudad quedando avencindado en ella”.

Sea, pues, a la memoria de los náufragos y desaparecidos en Ultramar, esta noticia epitafio, que en otros países de tradición marinera son recordados en las inscripciones de las lápidas de los cementerios y en las iglesias. Inscripciones o epitafios, que delimitan el estrecho espacio de una vida malograda, palabras que encierran el hálito sufriente de sus familiares.